

*Selecta*

# REDENCIÓN

EN LOS OJOS DE  
VAN GOGH III

BETZACOSTA

Redención  
En los Ojos de Van Gogh. Libro 3

*Betzacosta*

# Índice

[Redención](#)

[Sinopsis](#)

[Nota editorial](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

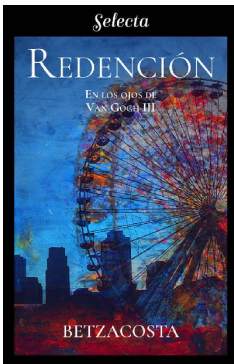
[Capítulo 28](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre Betzacosta](#)

“En los ojos de Van Gogh”, la historia de amor entre Samantha y Oliver, ha resistido el dolor y la angustia del delirio de una mujer que nutre su arte por sus emociones, generalmente dolorosas y el desarraigo de un hombre que vive a través de las aspiraciones de una familia, pero aún faltan retos por conquistar, y en esta, la última parte de la saga, deberán luchar con todas sus fuerzas para conseguir lo que tanto han deseado: ser ellos mismos.



Samantha “Sam” Heller ha perdido mucho: el amor de su vida, la naturalidad con la que pintaba, el sueño de ser una gran artista e incluso su propia identidad. Ya de vuelta en Chicago, con su familia y amigos, decide reencontrarse a través de la sanación, sin perder la esperanza de algún día ser feliz. Sin embargo, la vida la vuelve a sorprender de forma negativa: la muerte de un ser querido.

Esta tragedia traerá consecuencias que, desequilibrarán el estatus quo que había logrado desde su regreso de Londres. Los fantasmas del pasado vuelven para atormentarla, resquebrajando todos los pilares de su existencia, por lo que otra vez, Samantha se dejará invadir por todas sus inseguridades. ¿Cómo podrá encontrar paz cuando todo lo que siente está manchado con miedo?

Por otra parte, en la alta sociedad londinense, Oliver Lewis se encuentra peleando sus propias batallas que desencadenará una guerra que, si no es capaz de ganar, desbaratará todo por lo que ha luchado; incluida su felicidad. A pesar de ello, y como él mismo lo ha reconocido, nada en su vida

ha sido sencillo, las cadenas a las que se amarró son duras de romper, en especial las que abundan en su propia mente, entonces ¿podrá Oliver poner límites entre lo que necesita y lo que quieren los demás? O dejará que su complejo de superhéroe le haga perder la gran batalla de su vida.

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Nota editorial

**Selecta** es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Venezuela, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la lengua española* siempre está disponible para consultas.



## Dedicatoria

A Paulina Arancibia CM, Ginette y Gisela.  
Por confiar, ver y sentir estos personajes, y junto a ellos, a  
mí.  
A ti, por acompañarme en esta travesía.

*«¿Sabes lo que hace que desaparezca la cárcel? Cada afecto genuino y profundo. Ser amigo, hermano, amante, es lo que nos libera de la prisión. Sin estos afectos, uno está muerto. Pero cada vez que se reviven estos afectos, la vida renace».*

*«Es necesario haber amado, después perder el amor y luego volver a amar todavía».*

*Vincent Van Gogh, Cartas a Théo*

## Capítulo 1

*¿Cómo demonios se puede unir un corazón roto  
cuando está destrozado?  
Se enseña a sí mismo a latir de nuevo...  
Este pequeño azulejo no quiere parar,  
ella jura que tú podrías ser mejor que los demás,  
y le dije no, no, no, lo entendiste todo mal  
si él fuera algo especial  
yo no habría escrito esta canción.  
Bluebird, Christina Perri*

Samantha Heller caminaba alrededor del lago Burley Griffin, a diez minutos de distancia de la casa de Rachel. Sintió la grama bajo sus pies y cerró los ojos ante la sensación. Usaba un vestido sin mangas de color blanco, que quedaba suelto hasta media pierna y cuya falda ondulaba por el viento, y un gran sombrero cubría su cara, aunque lo cierto es que, en los cinco días que llevaba en Australia, se había preocupado muy poco por cubrirse del sol, pero ya era suficiente para su piel propensa a generar pecas.

Tocó el cabestrillo con su mano libre y rogó pronto ser libre de él, estaba agotada de no poder moverse con libertad, sentir dolor y consumir analgésicos.

Rachel estaba en casa descansando, ya que el día anterior, en vísperas de Año Nuevo, Derek Wells las había invitado a una gran fiesta en el centro de Canberra, con la justificación de que era un nuevo comienzo y que había que

celebrar lo bueno y lo malo; en síntesis, dejar ir lo que no necesitaban. Lo que es más, esa tarde las iría a buscar de nuevo, para hacer un poco de turismo.

Sam tomó su teléfono y llamó por Facetime a su prima, porque mientras en Australia era casi la una de la tarde, en Chicago solo faltaban treinta minutos para celebrar el Año Nuevo.

Susan contestó casi de inmediato.

—¡Hola! —gritó Sam emocionada cuando la imagen de su prima y su sobrino Sebastian apareció en la pantalla del iPhone.

—Feliz año por allá —dijo y soltó una risilla—. Sebastian lleva esperando tu llamada por casi una hora, dijo que era imposible que su tita no le deseara un feliz nuevo año.

Sam sonrió, conmovida.

—Mi niño, ¡feliz Año Nuevo! —Sebas soltó una risa e incluso con la cámara parecía todo sonrojado—. Quisiera estar allá para abrazarte y darte un gran beso. Te adoro.

—Quédate con tu tía que iré a atender el teléfono, de seguro es Martha —dijo a su hijo y miró a Sam—, quiere que vayamos a su casa porque ya se acerca la hora de brindar —concluyó y dejó el teléfono con Sebastian.

Sam sonrió y se concentró en el niño.

—¿Has recibido muchos regalos desde que me fui?

A Sebastian se le iluminaron los ojos y salió corriendo, la imagen del teléfono temblaba y giraba a su alrededor. Sam apartó la mirada para evitar marearse.

—Esto —escuchó que su sobrino decía y se encontró con un gran bloc de dibujo, más un muñeco que parecía ser de colección.

—¿Quién te regaló eso?

—Tito.

—¿Tito? —preguntó confundida y enarcó una ceja.

—Tito Oliver, me compró estos regalos, y me ha llamado dos veces, y hablamos mucho. Mami dijo que era como tú cuando vino, y lo abracé... y... —Se sonrojó y dejó de hablar en un ataque de timidez, pero Sam no pudo animarlo o pedirle que continuara ya que había quedado paralizada.

Susan apareció en pantalla, tomó el iPhone y se sentó al lado de Sebastian.

—¿Oliver estuvo allá? —preguntó en un jadeo y vio a su prima removerse incómoda.

—¿Sebas, podrías ir a poner a dormir a Rodolph? ¡En unos minutos vamos a casa de Martha y será año nuevo!

El niño asintió y salió corriendo hacia alguna parte.

—¿Oliver? —repitió Sam, su voz casi salió en un chillido.

—Estuvo aquí el mismo día que te fuiste a Australia.

Sam jadeó y llevó su mano a su boca. ¿Había ido a Chicago? ¿Por qué? ¿Por qué luego de tanto tiempo cuando, después de terminar su relación, ella estuvo una semana en Londres, esperando que apareciera?

—¿Por qué no me contaste? —explotó Sam—. Hemos hablado cada día desde que me fui de Chicago.

—Estaba tratando de protegerte, no sabía...

—¡Demonios, Susan, no soy una niña! ¿Cuándo lo van a entender todos ustedes? ¡No necesito protección de nadie!

—Respiró hondo para tranquilizarse, sin conseguirlo en absoluto—. ¿Qué te dijo?

—Te estaba buscando, no hablamos mucho, solo me contó que quería disculparse. Conoció a Sebastian y comió con nosotros, lo vi tan perdido como me lo describiste, y triste. Muy triste.

Su corazón volvió a romperse, y ninguna cantidad de sol o declaraciones positivas que había repetido por instrucción de Derek sirvieron para aliviarla.

—Todo entre nosotros terminó, él lo quiso así, no entiendo por qué fue a Chicago —murmuró y se cubrió con su brazo sano.

Susan se acercó como si quisiera detallarla.

—Yo le dije que no lo quería cerca de ti. —Sam alzó la mirada y comenzó a negar con la cabeza, pero Susan no la dejó interrumpirle—. Él tiene que encontrar su propio camino así como tú tendrás que encontrar el tuyo, y si se encuentran de nuevo, entonces estuvo destinado.

Sam soltó una carcajada amarga.

—Al parecer a lo único que estamos destinados es a lasti-

marnos el uno al otro; a nunca encontrarnos; nuestros tiempos jamás son los correctos. Si yo no hubiera venido a Australia...

—Él sigue casado —le informó Susan y Sam rio, el sonido que dejó su garganta fue aún más agrio.

—Lo sé —murmuró apesadumbrada y aún aturdida.

«¿Se enteró de lo de su abuelo?», se tensó, ya que si ese era el caso, solo una persona pudo contárselo. «Te mataré, Christian, si fuiste capaz de atacarlo con ello, cuando sabías que no fue su culpa».

—Te diré lo mismo que le dije a él —Susan interrumpió su diatriba mental—, me da miedo que con solo una conversación todo esté disculpado y vuelvas a esa vida. —Sam alzó la mirada y frunció el ceño hacia su prima, que la estudiaba preocupada desde la pantalla—. No quiero que sufras, cariño, o verte de nuevo deprimida porque te volvió a hacer daño.

—Susan, no tenías derecho a decirle eso, esto es entre él y yo. Yo soy quien tiene que decidir...

—Sam —la atajó y puso una mano sobre su corazón—. Madurar no es gritar al mundo que ya eres una adulta, atacar a alguien que te ama o saber que puedes reconstruirte después de golpear un muro. A veces, madurar significa continuar con tu vida y esperar lo mejor de ella. —Sam parpadeó y su cuerpo se apretujó, el brusco y a la vez sutil movimiento rebotó en su hombro e hizo una mueca de dolor—. También es aceptar que, sin importar los intentos o deseos, no puedes salvar o arreglar algo que no quiere ser salvado, eso lo aprendí con Michael. Si no hubiese insistido tanto en mi mundo perfecto, en ver lo que no estaba allí, él no me habría hecho tanto daño, ni a ti tampoco. Tengo a Sebastian, nunca me arrepentiré de ello; pero hay tantas cosas que ambas perdimos y no podremos recuperar, y todo por querer aferrarse cuando a veces lo mejor es dejarlo ir, tal vez con ello ambos se darán la oportunidad de mejorar y después... quién sabe.

—No hay esperanza, prima. Ya lo entendí. Lo dejé ir.

—Mírate, estás tensa, abrazándote a ti misma, y todo el

color de tu cara se fue con solo nombrarlo. —Apartó su mirada y negó con la cabeza—. Lo lamento tanto, Sam.

En ese momento escuchó que el teléfono de su prima volvía a sonar y la oyó mascullar algo parecido a una maldición. Observó a Sebastian brincar alrededor.

—¡Debo irme!—le gritó Susan—. Piensa en lo que te dije, por favor.

Ella asintió antes de despedirse de Sebastian y de su prima con una sonrisa fingida. Cuando la videollamada se cortó, tomó sus pertenencias y comenzó a deambular alrededor del lago; necesitaba caminar, pensar y gritar.

«Era como si supiera que iba a dejarlo ir y volvía a... a...»

—¡Dios! —chilló, y se acercó hasta la orilla, deseaba tener una forma de controlar sus pensamientos.

¿Quería disculparse? ¿Por qué? ¿Por haberla herido? ¿Por Lira? ¿Por lo que hizo su abuelo? No lo culpaba por lo que sucedió ese día, Oliver I Aldrich-Millicent solo había reaccionado por las cosas que ella le había dicho, y sabía que su Oliver no era su abuelo y que no mató a su gata.

Sam negó con la cabeza y respiró varias veces para controlarse, bloqueó todas las teorías y fantasías que querían formarse en su cabeza y decidió ir a buscar a Rachel, ya que sin importar lo que Susan hubiese dicho, Oliver estaba a muchos kilómetros de distancia, de seguro intentando continuar con su vida, quizá con su esposa, y ella debía hacer lo mismo.

Entró en la casa por el acceso trasero que daba hacia la cocina, dejó sus cosas sobre el comedor diario y abrió la boca para gritar por su amiga, pero el estridente sonido del timbre de la puerta principal la frenó. Arrugó el ceño y se preguntó si sería Derek, habían quedado para un par de horas más tarde, pero él parecía vivir en un mundo que solo obedecía a sus reglas, y la puntualidad no era una de ellas.

—¿Qué haces aquí? —escuchó a Rachel preguntar con tono agitado y casi aterrado. Sam aceleró el paso hacia la sala, para proteger a su amiga de lo que fuera que la asustara.